

EL DICTADO
DE MI CORAZÓN
LAURA NUÑO



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Nuño, Laura
El dictado de mi corazón, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-26-4

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-26-4

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2015 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.



~

En el mes de abril de 2015, un jurado compuesto por escritores junto a representantes de Escribe Romántica y de Editorial Vestales seleccionó en un fallo unánime esta obra como la ganadora del Segundo Premio de Novela Leer y Leer, convocado por Editorial Vestales.

~



*A José, la persona que siempre luchará por mí.
La persona por la que nunca dejaré de luchar.*

PRÓLOGO

Sobrescobiu, Asturias, año 700.

CONTABAN LOS MAYORES, EN LAS FRÍAS NOCHES INVERNALES, con los cuerpos templados por el fuego y la lengua suelta por la sidra, que escuchar el canto áspero y metálico de la corneja negra en el crepúsculo de los primeros días del equinoccio de otoño era presagio de muerte. Todos en el pueblo conocían la leyenda, así como la forma de paliar el augurio, que consistía en taparse las orejas con las manos, espantar al ave mientras se susurraba “*¡curuxa, curuxa, curuxa!*” y escupir tres veces al suelo.

Colás conocía el ritual a la perfección, pero, por algún motivo, aquella aurora no lo ejecutó. Quizá, perdido aún en el sueño, confundió la balada de muerte de la corneja con la alborada de vida del gallo. Tal vez el mal presagio cayó en el olvido cuando se impuso el recuerdo de la excursión prometida. O, simplemente, el destino estaba ya fijado y poco o nada podía hacer un infante de apenas seis años de edad. Además, en vistas de las aventuras que estaba por vivir, ¿qué importancia podía tener una corneja? ¿Para qué preocuparse de una simple

ave cuando cabía la posibilidad de encontrarse con Cuélebre, la enorme serpiente alada que tenía retenidas a las *xanas*? O, peor aún, con Nuberu, el señor de la tormenta, quien con su aspecto andrajoso volcaba su furia incontenida a modo de espesos bancos de niebla sobre las laderas de las montañas, lo que provocaba que tanto pastores como ganado se despeñaran por los acantilados.

No, no había cabida para malos presagios cuando aquella sería la primera vez que iría con su padre a la feria de la Xalda en Gegio.

Las dos noches anteriores apenas había pegado un ojo, se había mostrado terriblemente nervioso y había sacado a Diodoro de quicio con su desbordada perorata. Dormirían a la intemperie para evitar, en la medida de lo posible, las cabañas dispersas en las zonas más altas de la montaña, con el cielo estrellado como único techo y, lo más fascinante, bajo el peligro constante de ser atacados por las bestias del monte y por los oscuros seres que habitaban la noche.

Una corneja. ¡Bah! ¿De qué casta estaba hecho si se dejaba amedrentar por un pajarraco sin importancia? ¿Acaso no era él un astur, hijo de uno de los más bravos guerreros del clan, miembro de uno de los castros más valientes de todo el territorio montañoso?

Durante mucho tiempo, el pueblo había sufrido numerosas incursiones con el fin de ser sometido a aquel lejano reino de visigodos, pero siempre había salido invicto, al igual que sus vecinos, los suevos al Oeste y los cántabros y los vascones al Este.

No hacía mucho que su padre había participado de la expulsión de un grupo de godos, lo que dio lugar a exaltadas tonadas acerca de su astucia y bravura. Pero, tras esa escara-

muza, Diodoro había dejado las armas para hacerse cargo del hogar, ya que su mujer estaba muy pesada y próxima al parto del que sería su segundo vástago.

Cuando Colás le preguntó, no sin cierta desilusión, por qué ya no se preparaba para la lucha junto a los demás guerreros, su padre se limitó a encogerse de hombros. Finalmente, con una sonrisa triste, y puesto que sabía que el muchacho no pararía hasta conseguir una respuesta, contestó con un simple:

—Ahora me necesitáis más vosotros.

El muchacho pareció no entenderlo, por lo que Diodoro le explicó lo complejo que era llevar adelante una familia, la responsabilidad de trabajar el campo para que a la comunidad no le faltara nada, de cuidar que sus ovejas fueran las mejores de la región para intercambiarlas en la feria, además de la necesidad de protegerlas en todo momento.

Cuando el sermón de su padre comenzó a rayar la eternidad, Colás asintió, y dio a entender que comprendía. Pero la decepción se le notó en la cara. Solo duró un instante, pues, como todos los niños, no solía invertir demasiado tiempo en un mismo tema, pero se extendió lo suficiente como para que su padre la percibiera. Fue entonces que Diodoro prometió llevarlo con él en la siguiente salida para que comprendiera lo dura que podía llegar a ser la vida de un pastor, la cual a veces se equiparaba con la vida de un guerrero. Sería una buena lección para él, caviló. Muy pocos soportaban la soledad de las montañas, las largas caminatas por senderos escarpados y la dureza del invierno.

No, no fue el canto de la corneja lo que Colás escuchó aquella madrugada, sino la suave voz de su padre que regañaba a su madre por levantarse tan temprano para despedirlos,

una reprimenda suavizada con una cariñosa caricia en el abultado vientre.

No era miedo lo que mostraba su semblante aquella mañana, sino una desconfiada expectativa que contrastaba con un orgullo jactancioso, dispuesto a afrontar cualquier peligro.

Diodoro sonrió al verlo.

“Cualquiera diría que va a la guerra. Será un buen guerrero”, pensó con paternal orgullo.

Ambos tenían una relación cargada de camaradería, en la que acababan de descubrir que la conversación entre ellos iba más allá de lo meramente básico y que su hijo comenzaba a pensar como lo haría un adulto. Quizás por eso, Diodoro no podía parar de reír ante las ocurrencias de su joven hijo y los argumentos sustentados en algo que rozaba la línea de la madurez, pero que, al ser pronunciados por unos labios tan jóvenes, carecían de credibilidad.

Fue precisamente uno de esos argumentos lo que hizo que Diodoro se riera a carcajadas y mirara el cielo, agradecido por todo lo que la Madre Tierra le había dado.

Hicieron la primera parada y se tumbaron para mirar las nubes con las manos cruzadas bajo la cabeza y completamente relajados mientras las ovejas *xaldas* pastaban tranquilamente. Diodoro aún reía cuando se incorporó al detectar un movimiento a lo lejos, en el valle que había bajo la montaña en la que habían acampado. Se trataba de unos veinte jinetes que portaban un estandarte blanco, señal de que la comitiva estaba exenta de combatir. Pese a ello, su alarma interior, el alma de guerrero, hizo que se pusiera rápidamente en guardia.

Supo quiénes eran de inmediato. También qué querían.

—Colás —dijo en un susurro—. Ve a la cueva y quédate allí.

—¿Por qué? —Empleó el mismo tono bajo que su padre. Un atisbo de temor apareció en el rostro infantil, aunque por su inocencia no llegaba a comprender su origen.

—¿Ves a esos hombres allá abajo? —Señaló en dirección al valle.

Colás se dio vuelta y, al principio, no distinguió nada, pero no tardó en divisarlos. Abrió los ojos de par en par y miró a su padre.

—¿Quiénes son?

—Visigodos.

—¡Por Ella! —exclamó el muchacho—. ¡Si la última vez se fueron con el rabo entre las piernas! —soltó a la vez que reía. No era plenamente consciente del significado de la expresión, pero la había escuchado tantas veces que no dudaba en utilizarla cuando tenía ocasión.

—Sí, les dimos una buena lección, ¿verdad, hijo? —preguntó.

Hacía seis meses que los visigodos habían irrumpido en su castro, o, por lo menos, lo habían intentado. Durante varias semanas los habían atosigado por las montañas, y muchos de los invasores cayeron por el peñasco. Otros, sencillamente, no habían aguantado la nevada y habían perecido de frío. Luego, los condujeron hacia un desfiladero y allí los molieron a pedradas. Realmente había sido una lucha muy gratificante, ya que en ocasiones los asombrados visigodos no sabían lo que vendría a continuación. Finalmente habían huido.

Pero ahora estaban allí de nuevo, en su tierra.

—Padre, ¿por qué han vuelto? —preguntó.

—¿Por qué? No, Colás, *por quién*. —Exhaló un suspiro y añadió—: Isolda.

—¡Isolda! —exclamó el muchacho. No vio ninguna relación en el hecho de que los visigodos estuvieran allí por Isolda, la bella hija de Serapila, jefa de su pueblo, pero como estaba tan agitado, exclamó—: ¡Claro, Isolda!

Su padre asintió. Miró hacia el valle nuevamente antes de decirle a su joven hijo:

—Ve a la cueva de una vez, voy a ver qué ocurre.

—Pero, padre, ¡yo quiero ir!

—No. —Giró hacia el muchacho al dar la orden—. No vendrás, ¿entendido?

Al ver que su hijo hacía un gesto, se arrodilló ante él y lo tomó del mentón para que lo mirara. Aunque estaba preocupado, hizo un esfuerzo por sonreírle.

—Escucha, mi guerrero, si vamos los dos y ambos caemos en batalla, ¿quién cuidará de tu madre?

Colás lo miró y tardó unos segundos en asimilar lo que le pedía. Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos y movió la cabeza con efusividad. Su padre sonrió de nuevo antes de bajar por el desfiladero.

El jovencito esperó lo suficiente, lo justo como para que su padre no viera que lo seguía. ¡Faltaba más! No se iba a quedar en la cueva como un bebé atemorizado. Por supuesto que no se acercaría tanto como para delatar su presencia a los invasores, pues eso sería desobedecer por completo, así que, a escondidas y con cuidado, descendió hasta llegar a un punto muerto. La única manera de salir de allí era volver sobre sus pasos, cosa que nunca haría, o bajar por el precipicio.

Dudó solo un segundo, pero cuando vio a su padre más abajo, se dispuso a descender. El trayecto se hizo interminable, pero cuando llegó a la ladera del monte, soltó un grito de júbilo. De inmediato fue consciente del error que había come-

tido, de modo que se tapó la boca con las dos manos mientras miraba a su alrededor para ver si alguien lo había escuchado.

El grito probablemente fue acallado por el viento o por el graznido de una corneja que en ese instante planeaba sobre sus cabezas, pero estaba tan preocupado que no lo escuchó. Su interés se centraba en los hombres que se alejaban por la izquierda, salvo uno de ellos, que se había rezagado, tan cerca de donde él estaba que podía ver con total nitidez los rasgos del jinete. Incluso podía distinguirle el rostro demacrado.

Temeroso de ser descubierto, se agachó para poder observar sin ser visto. El hombre llevaba un arco, pero notó que no lo portaba colgado de la espalda, sino que lo empuñaba dispuesto a dispararlo. El niño frunció el ceño al tiempo que dirigía la vista hacia donde apuntaba el jinete. Y fue ahí cuando, tras incorporarse de un salto, gritó de terror. En ese instante, su padre giró hacia él, que, ignorante del peligro que lo acechaba, le lanzó una mirada admonitoria. Colás quiso avisarle, pero el viento se llevó la advertencia justo en el momento en que una flecha le atravesaba el corazón y le arrebatava la vida.

Colás permaneció allí, paralizado por el terror, incapaz de creer lo que sus ojos veían. Sus diminutas piernas empezaron a temblar, tanto que cayó de rodillas al suelo. Miró al jinete, que se había detenido y que, en la distancia, lo observaba con una sonrisa torcida y carente de remordimientos.

El pánico se apoderó de él. Miró abatido el suelo mientras abrasadoras lágrimas le bañaban las mejillas. Lágrimas de rabia, de impotencia, de miedo. Lágrimas que le impedían ver algo que no fuera la imagen de su padre tendido allí abajo, sin vida.

No, no iba a morir arrodillado, su padre no se lo perdonaría. Era un guerrero, el único sucesor de una estirpe de

bravos montañeses. Poco a poco se puso de pie, los puños apretados, el corazón lleno de odio. Levantó el rostro y miró directamente al asesino.

El jinete titubeó; la sonrisa desapareció al ver los ojos de un guerrero en el cuerpo de un niño. Echó la mano hacia la espalda para tomar una flecha del carcaj, pero después decidió que no valía la pena desperdiciarla. Solo lo miró una vez más antes de hundir los talones en el flanco del caballo y salir al trote.

Mientras, la voz agonizante de una corneja que surcaba los cielos dictaba una sentencia. No, no fue la de Diodoro la única muerte que vaticinó, aunque aún tendrían que pasar muchos años para que se cumpliera la profecía.